

mo—indemne del individualismo del que termina—no se concilia con su temperamento ni con su vida, violentamente anárquicos.

A su individualismo exasperado, debe Hidalgo su dificultad para el cuento o la novela. Cuando los intenta, se mueve dentro de un género que exige la extraversion del artista. Los cuentos de Hidalgo son los de un artista intravertido. Sus personajes aparecen esquemáticos, artificiales, mecánicos. Le sobra a su creación, hasta cuando es más fantástica, la excesiva, intolerante y tiránica presencia del artista, que se niega a dejar vivir a sus criaturas por su propia cuenta, porque pone demasiado en todas ellas su individualidad y su intención.

José Carlos MARIATEGUI.

Interviews Uruguayas

ACABO DE VER A:
FERNAN SILVA VALDES

(Para "AMAUTA")

Ferrocarriles. Muchos trenes. Seis, diez pares de vías azuladas sobre un terreno negro de carbón molido. En frente: la bahía; agua azul; barcos inmóviles mirando pasar la vida a través de sus ojos de buey. Al fondo: la mole gris del Cerro de Montevideo, levantado sobre casitas blancas, atisbando las cosas yankees de los frigoríficos. A un lado: (a la izquierda) la ciudad. Barullo de tránsito; tumulto de gentes; golpazos de cornisas contra el cielo; tajos de calles; puñaladas de reflejos; ansias de cúpulas, de pararrayos, de miradores atrevidos. Al otro lado: (derecha), la placidez de Capurro, la playa olvidada después de un apogeo de gloria mundana.

Y aquí, en esta especie de palquito teatral; aquí, frente a frente a ese escenario, desde donde se divisa Montevideo y se columbra el campo; aquí, junto a estos ferrocarriles espantados que traen olor a potros; aquí mismo, en una casita blanca, nitidamente blanca, de estilo colonial, vive Fernán Silva Valdés con su gloria de poeta, su mujer y su hijo al que apoda "Yuyito".

Nuestra visita sorprende al poeta. Le hemos obligado a dejar la siesta para el día siguiente. En pijama, deslumbrados los ojos de luz, alto, sonriente, esforzándose por ver, nos hace ademán para que avancemos. Y, ya dentro del tibio jardín que le abraza perennemente la casa, nos recibe su mano recia de domador de potros y domador de imágenes.

Avanzamos más. En torno a una mesa, sujetos por las cortinillas de los anaqueles, se agrupa y atropella el colorido de los libros. ¡Cientos y cientos! La fama de Silva Valdés le ha hecho víctima de los envíos literarios. Bueno y malo. Como de costumbre: más, mucho más, malo que bueno. Fernán Silva Valdés sonríe, por debajo de su bigote americano, ante nuestro asombro y ante nuestra compasión.

Nos sentamos junto a la mesa. Un "affiche" de "Agua del Tiempo" se escapa hacia la ventana; pero lo ataja un retrato de Juana de Ibarbourou, gran amiga del poeta. Debajo del escritorio de Silva Valdés, anidado de libros y papeles. Estamos sentados en torno a la mesa: Silva Valdés extiende las manos y las junta sobre la carpeta. Destacada, así, su figura. Ojos escrutadores. Sabe mirar sin pestañeos, fijamente, duramente. Sabe atrapar con la pupila, como en una costumbre, los más sutiles matices. ¡Qué escaparate de sensaciones luminosas tendrá este extraordinario veedor en las retinas! Este poeta de la luz, de la imagen exacta, del relato lumínico, se ayuda los ojos con unos lentes de arqueada concha y flexibles patillas. Y, al través de esos cristales, ha visto esa maravillosa vida que se aposentó para inmortalizarse en la plana celebérrima de sus poemas nativos.

Habla con reposada voz; va trayendo las cosas como si fuese a buscarlas. Pialando rebeldías de lenguaje y amasando adjetivos. Boliando comparaciones, enlazando tropas enteras de imágenes. Silva Valdés charla. Por la puerta de su relato van saliendo tipos perseguidos por horizontes. Nos relata su vida de muchacho; nos habla de un tipo por el que sintió admiración. Era uno de esos buscavidas, recorremundos, que tenía ese encanto que hay en la amalgama del tahir y el caballero. Hace poco, leyó Silva en un diario que en España, o en México, o en Filipinas, le habían muerto a puñaladas.

Amontona Silva Valdés sus recuerdos. Toda su vida ha ocurri-

do sobre este mismo pedazo de terreno en que estamos: la casa de sus mayores. Sonríe. Sonríe largamente,—con su boca ancha, mostrando dos hiladas de dientes,—a medida que los recuerdos le guñan para que los prefiera en esta selección que nos está haciendo.

Silva Valdés recita los poemas suyos de una manera admirable. Nada más que sus poemas es capaz de recitar. ¿Por qué los recitará así? Cuando dice "Los Potros" o "La carreta", o "El rancho", o "Sarandí del Yí", o cualquier otro poema de los suyos, la gente estalla en un entusiasmo estruendoso. Se pone, talmente, los versos en la boca como si fueran caramelos. Y allí se está saboreándolos, dándolos vueltas, gustándolos en la exquisita esencia que poseen.

Y qué lindo amor propio gaucho tiene este poeta nuestro! Sabe qué puntos calza y hasta dónde llega su fama desparramada por el mundo como un oleaje. Celoso de sí mismo, enamorado de su obra, Fernán Silva Valdés es el artista que vive en meticulosidad perpétua; en afán superador; en ir y venir de curiosidades por estos archivos repletos de sus recuerdos.

Nos vamos. Ferrocarriles. Muchos trenes. Van y vienen las hiladas interminables de vagones. Rasgan la paz del barrio suburbano las pitadas estridentes. Las locomotoras, hartas de la persecución de los vagones, se extenuan de asma.

Al frente: la bahía plácida. Empiezan a encenderse, por sí mismas, las luces en las casitas del Cerro. La tremenda mole empieza a dar vueltas la cabeza. Tiene una fortaleza como kepís y una visera larga de luces de faro. La bahía, perforada de luces deshiladas, se oscurece hasta fundirse con el cielo, perforado también por luces fijas. Se han ido todos los barcos. Silban los trenes. Pasan los rápidos de primanoche. Rezonga el telégrafo por quién sabe qué cosas y un vienteillo jugueteón viene a hacernos fiestas con las enredaderas en cuanto salimos al portón de la casa de Silva.

Nos vamos. Por la calle Maturana resuenan nuestros pasos. Balasto pisoteado. Enrique Bustamante y Ballivián:—querido, lejano, inolvidable amigo: ¿recuerda usted esta visita que hicimos al poeta? Y ¿se acuerda usted del asombro que le causó a Silva Valdés aquel regalo que yendo con Oribe — con el enorme, profundo, taciturno Emilio Oribe—tuvo usted la ocurrencia de ofrecerle?

Alfredo Mario FERREIRO.

CRONICA DE LIBROS

ALBERTO ZUM FELDE

Estética del Novecientos.

Buenos Aires.

El Ateneo.—1928.

En la ubicación del arte actual, también América ofrece su esfuerzo. Esto es el libro de Zum Felde: ubicación, interpretación. Se ha hecho mucho al respecto, pero pocas veces un análisis tan concienzudo como el suyo. Había que partir necesariamente, del arte tradicional. Y antes que el del arte, encarar el problema filosófico. Un sólo problema con muchas caras. Porque "el fenómeno estético es inseparable del complejo del fenómeno humano", concepto que no concibe la cultura del Ochocientos, concepto de función, de relación, propio de la nueva sensibilidad. Neoclasicismo, romanticismo, realismo, simbolismo, son etapas de una cultura racionalista. La cultura del Novecientos la rechaza por espíritu. Y vienen con ella la filosofía de la intuición y de la inconsciencia, y el arte superrealista. ¿Pero este arte es deshumanizado? Plantea, entonces, la objeción a Ortega Gasset: ¿Cómo un arte deshumanizado, vale decir, desvitalizado, puede ser expresión de una cultura renovada? Y juzgando más de cerca la cuestión, Z. F. cae en que Ortega es un sofista. Quizás. La objeción es fundamental. Pero el ensayo de Ortega sólo fué un intento. Si tuvo pretensiones de ser definitivo, la acusación quedará en pie.

El arte actual, según Z. F., reúne tres cualidades que nunca estuvieron juntas en el arte pasado: construcción, expresión, y estilización. Porque o se concebía un arte de expresión sin construcción—el romanticismo—, o un arte de construcción sin expresión—el academismo—, o ambos sin la estilización—el realismo.

Las conferencias de Z. F. constituyen el esfuerzo más logrado—en nuestro idioma—para dar ubicación e interpretación al arte nuevo. Ardua labor, pacientísima investigación y aguda percepción crítica.

Eduardo Núñez Hague.